



El tejo rojo

Listapán y la ficha de biblioteca



SANTIAGO BARCELONA

 DYLAR

4



Termina un largo día

Con tranquilidad y disfrutando del momento, Paula se llevó un nuevo trozo de *cor-don bleu* a la boca. Lo masticó despacio alargando el momento de tragar; era una de sus cenas favoritas y quería disfrutarla.

Aunque llevaba un rato sin pensar en nada, una calle apareció en su memoria; sonrió ligeramente al recordar el cartel bajo el que se había fotografiado: *rue du cordon bleu*. ¿A quién se le habría ocurrido dedicar una calle a esta comida?

—¡Qué bueeenooo! —murmuró para sus adentros empleando en esta expresión un tono de voz que le había hecho famosa en casa.

Durante unos instantes volvió la vista atrás: se encontraba en Dax, una ciudad del sur de Francia en la que había estado este verano con su familia y unos amigos. Iban camino de una casa rural en la zona de los castillos del Loira y se detuvieron en ella para pasar la noche. Antes de cenar salieron a dar una vuelta y, en un momento dado, su padre la avisó:

—¡Paula! ¡Mira cómo se llama esta calle!

¡Cuánto había disfrutado durante las vacaciones! Jugar, leer, dormir hasta tarde, ir al pueblo, pasar el día en la piscina...

—¡¡¡Gooooool!!!

Aquel grito le devolvió a la realidad. Su padre tenía la radio puesta y, según le había comentado unos minutos antes, iba a escuchar un emocionante partido de fútbol de la Liga de... ¿cómo le había dicho? Miró su cena y, por relación de ideas, se acordó: se parece a champiñones; ¡ah! la Liga de Campeones.

Siguió cenando. Tenía hambre y estaba cansada. Como mucho en media hora podría estar en la cama durmiendo plácidamente. Pero antes tendría que preparar algunas cosillas para las clases del día siguiente.

¡Las clases! ¡Quinto de primaria!

Aunque solo estaba en el mes de octubre, ya se hallaba metida de lleno en el tercer ciclo. Y no podía disimularlo: se encontraba agobiada. El paso de un ciclo a otro estaba siendo duro, muy duro. Ahora comprendía a sus padres, cuando durante todo el verano habían estado intentando mentalizarla sobre lo que le esperaba.

—Cada vez te van a exigir más y tienes que estar preparada.

—Lo que aprendas estos dos años será la base para afrontar con éxito la etapa de secundaria.

—Trabajando todos los días un par de horas seguro que no tienes problemas.

—Es fundamental la planificación y no dejar nada para el último día; la agenda te ayudará mucho.

—Y las técnicas de estudio, ¿qué me dices de las técnicas de estudio?

Pero ¿qué se podía esperar de unos padres que eran los dos profesores, y, para más ironía, los dos en tercer ciclo? Lo había hablado con sus amigas las contadas ocasiones en que se habían juntado durante el verano. Pero lo veían tan lejano que no habían hecho mucho caso. Y ahora los peores presagios se estaban cumpliendo.

Mientras dejaba el tenedor y se limpiaba los labios con la servilleta, se consoló con otra de las reflexiones que le habían dicho:

—No te asustes. Te costará un par de meses, como mucho hasta Navidad. Pero, en cuanto te acostumbres a ese ritmo de trabajo, verás como es coser y cantar.

Miró a su derecha y en la oscuridad casi absoluta de la noche observó como su padre aceleraba el coche para adelantar a un camión que iba más lento.

—¿Cómo va todo? ¿Está buena la

cena? —le preguntó con cariño mientras la miraba por el espejo retrovisor.

—Buenísima papi —fue su escueta respuesta.

—¿Quieres que ponga algo de música? —le dijo mientras quitaba la radio; el partido había llegado al descanso.

—Vale. Creo que el CD ya está dentro. Pon la canción número 3, que es la que más me gusta.

Unos segundos después las notas del ídolo juvenil del momento, Hannah Montana, llenaban el interior del monovolumen familiar.

A lo lejos ya se divisaban las luces de la ciudad. Bebió un trago de agua y pasó a degustar la ensalada que le habían preparado. La verdad es que lo tenía todo controlado al milímetro: sin tener que darse prisa, podía cenar tranquilamente para terminar justo cuando su padre llegaba al garaje.

Y ese miércoles no iba a ser una excepción.

Bueno, ni los miércoles ni los lunes, que eran los dos días de la semana que tenía entrenamiento de natación. Y a unas horas un tanto intempestivas para ella: de las ocho menos cuarto a las nueve de la noche. Volvía tan tarde a casa que sus padres habían ideado una sencilla solución para que se acostara lo antes posible: llevarse la cena y tomarla de vuelta a casa mientras iba en el coche. Una forma inteligente de aprovechar el tiempo.

A las 9:50 entraba en casa. Avanzó por el pasillo en busca de su madre; la encontró en el salón, tranquilamente sentada en el sofá leyendo un grueso libro de negras tapas. El título era largo y rarísimo; y el nombre del autor, indescifrable.

—¡Hola, “mamota”! —exclamó Paula al tiempo que le daba un sonoro beso. Le encantaba inventar palabras y esta era una de sus preferidas.

—¡Hola, cariño! ¿Has nadado mucho hoy? —respondió su madre dejando a un lado la lectura.



—Bastante. Tocaba velocidad y el monitor nos ha metido mucha “caña”.

—Te ayudo a recoger y así podrás irte pronto a la cama.

Ya abría la boca para responder cuando su madre se adelantó:

—Y no hables muy alto, Listapán, que tu hermana está dormida.

Paula sonrió. Le hacía gracia este mote. En realidad, era ella la que lo usaba hacia su hermana cuando jugaban en casa; pero a fuerza de tanto repetirlo habían terminado por aplicárselo a ella.

Después de repetir el ritual de todas las noches, deseó un buen descanso a sus padres y se acostó. Se había dado más prisa que de costumbre porque antes de dormir quería leer algunas páginas del libro que había elegido para esta quincena; iba muy retrasada y todavía tenía que rellenar toda la ficha de biblioteca.

Y es que a Paula, mejor dicho, a Listapán, no le encantaba precisamente leer.

De hecho, le costaba bastante.

Por el contrario, le fascinaba escribir. Incluso había conseguido varios premios con sus composiciones. Y es que su imaginación era desbordante; cuando tenía una idea no había quien la detuviera. Solo tenía un problema: le costaba bastante conseguir esa idea.

Dos páginas después cerró el libro. Fijó la vista en el techo e intentó asimilar lo que había leído. Habitualmente era un sistema que le daba excelentes resultados; pero esta vez fue imposible. Un acontecimiento ocurrido esa mañana en el colegio se dibujó en su mente, imponiéndose a la historieta del libro.

Sonrió al recordarlo. Si al principio la había pillado fuera de juego, después había sido divertido. Tanto, que quería revivir la historia al completo.

Apartó el libro, saltó de la cama y se sentó en su escritorio. Equipada con papel y "boli" comenzó a recordar lo sucedido. Era como si se lo contara a un amigo invisible.

—A ver si no me dejo nada —murmuró entre dientes.

Algunos compañeros se removieron en sus pupitres; estaban cansados porque llevaban más de media hora seguida realizando ejercicios en el cuaderno de Lengua. Además, los asientos eran bastante incómodos y ya no sabían ni cómo sentarse.

Otros se habían dado más prisa y ya trabajaban en la lámina de Plástica; con un poco de suerte, terminaríamos todo antes de que sonara el timbre para ir al recreo.

La señorita Maca dio unas palmadas para llamar nuestra atención. Algunos estaban tan concentrados que tuvo que dar un pequeño grito. Cuando observó que todos la mirábamos con cara de curiosidad comenzó a hablar:

—Atendedme, que quiero daros una noticia.

Hizo una pequeña pausa para darle más emoción.

—Esta mañana, cuando he llegado al colegio, me estaba esperando el director porque quería hablar conmigo. Me ha comunicado que hoy, después del recreo, seremos uno más en clase.

La mayoría de los niños se miraron unos a otros y comenzaron a charlar, comentando el anuncio según lo interpretaba cada uno.

—¿Será un chico?

—¿Será una chica?

—¿De dónde vendrá?

—¿Hablará nuestro idioma?

—¿Jugará bien al fútbol?

—¿Sabrá tocar algún instrumento?

—¿...?

En ese momento la voz de la profesora se alzó sobre las demás.

—¿Y si me dejáis que os cuente lo que sé?

Aquello bastó para crear un gran silencio.

—Me ha dicho que es una chica, se llama

Amara, y es de Camerún. En concreto, de una ciudad que se llama Bamenda. Aunque su idioma es el inglés sabe hablar el suficiente castellano como para entendernos y mantener una conversación sencilla. No hace falta decirlo que espero que todos la acojáis como una más y le ayudéis en todo lo que necesite. No obstante, he pensado nombrar a un grupo de vosotros para que la acompañéis en todo momento; seréis como sus tutores.

¡¡¡Ring!!! ¡Hora de salir al recreo!

Algunos niños se inclinaron a un lado para recoger sus almuerzos. Otros permanecíamos concentrados mirando a la profesora por si nos informaba de algo más.

—Eso es todo. Al volver a clase la conoceréis.

Nos pusimos en fila. Casi habíamos salido de la clase cuando la señorita Maca nos llamó a mis amigas y a mí.

—Quiero hablar con vosotras. Solo será un momento.

Aquel anunció nos dejó sin respiración, petrificadas en el sitio. ¿Qué habíamos hecho? Fue directa al grano.

—Chicas, he pensado en vosotras para que os ocupéis de Amara. Sobre todo, a la hora de las entradas y salidas y en los recreos; que no se encuentre sola. Pero también en clase, cuando haya que hacer trabajos en grupo o equipos en Educación Física. Entre todos tenemos que conseguir que le parezca que está con nosotros desde hace años. —Hizo una pausa para tomar aire—. Sois buenas amigas, divertidas y trabajadoras; aunque es una labor de gran responsabilidad, sé que lo vais a hacer muy bien. Confío en vosotras. ¿Sí?

Inés, Laura y yo, en este orden, asentimos con la cabeza. No salíamos de nuestro asombro.

—Gracias. Y cualquier cosa que necesitéis, no dudéis en decírmelo. Podéis ir a jugar al recreo.

Bajamos las escaleras en silencio. Dejándonos llevar por la inercia, fuimos al baño y a

continuación a la cafetería, donde comenzamos a saborear nuestros respectivos almuerzos. Pero no fue hasta el último bocado cuando entablamos conversación.

—¡Ahora resulta que tenemos que hacer de niñeras! —exclamé arrugando la nariz.

Inés se rascó la barbilla mientras reflexionaba.

—Bueno, pensándolo bien, puede ser divertido —opinó sin mucha convicción.

—Ya, pero no me hace ninguna gracia tener que estar todo el día explicándole cosas, cuando muchas veces ni yo misma las entiendo —argumenté para reforzar mi testimonio—. ¡Y encima en inglés! Ya me veo con el diccionario colgado todo el día del cuello.

—Pero Maca ha comentado que sabía castellano —terció Inés, intentando apaciguar los ánimos.

—¡Va! Seguro que lo ha dicho para tranquilizarnos —contesté. Se notaba que no me hacía ninguna gracia.



Hasta ese momento, Laura no había abierto la boca, salvo para comer con desgana los gajos de la mandarina que ese día su madre le había puesto como almuerzo.

Nosotras, percatadas de su silencio, nos volvimos hacia ella. Ni siquiera nos miraba.

Y fue cuando terminó el último gajo que la oímos sentenciar:

—Sabéis que para el festival de Navidad debemos preparar un baile; ¿os imagináis lo originales que seremos si nos presentamos con una típica danza africana? ¡Y tenemos a la profesora perfecta!